Almanaque
de la
Ilustracion
1891
ADMINISTRACIÓN
ALCALÁ 23 - MADRID.

Bodega, T3(7)p9

AAF7622

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1891

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BALART (D. Federico), BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo), CAMPILLO (D. Narciso), CASTRO Y SERRANO (D. José de), CAVESTANY (D. J. Antonio), FABRA (D. Nilo María), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ GRILO (D. Antonio), FERNÁNDEZ SHAW (D. Carlos), FRONTAURA (D. Carlos), LANDERER (D. José J.), MONREAL (D. Julio), NAVARRETE (D. Ramón de), ORTEGA DE LA PARRA (D. Federico), ORTIZ DE PINEDO (D. M.), PAZ (D. Abdón de), PALACIO (D. Manuel del), REINA (D. Manuel), SABANDO (D. Julián Manuel de), SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo), SBARBI (D. José María), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), THEBUSSEM (El Doctor), VALDELOMAR Y FÁBREGUES (D. Julio), VELARDE (D. José), VIDART (D. Luis), ZORRILLA (D. José).

Año XVIII

BIBLIOTECA NACIONAL
COLLECTIO MEDINENSIS

BIBLIOTECA NACIONAL
"JOSE TORIBIO MEDINA"

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1890

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA,

DESCUBRIDOR DEL OCÉANO PACÍFICO.

Nació en Jerez de los Caballeros por los años de 1475. Fué ajusticiado en Acla (Castilla del Oro) el año de 1519.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

Naves aventureras,
Un ignorado mundo,
A nuestra vista están, y en la alta proa
De la velera capitana quilla,
Con el pendón triunfante de Castilla,
Saludando al Darién, Vasco Balboa.

EL DUQUE DE FRÍAS.

INTRODUCCIÓN.

Le Globe terrestre au millionième, éste era el nombre con que se designaba en la última Exposición Universal de París á una esfera geográfica, cuyo diámetro era 12 metros y 73 centímetros. En el edificio donde se hallaba expuesto *Le Globe terrestre au millionième* se vendía un folleto en que se encomiaba, mucho más de lo justo, el mérito de los señores Villard y Cotard, que eran los constructores de aquella esfera geográfica, y se hacía una reseña del progresivo conocimiento de la superficie y forma del planeta en que habitamos; reseña en que parece debieran haber ocupado puesto de preferencia los navegantes portugueses y españoles de los siglos XV y XVI; pero no sucedía así. El autor ó autores del folleto se limitaban á decir lo siguiente:

«Al finalizar el siglo XV, Cristóbal Colón abrió al Occidente el camino de un Nuevo Mundo; y casi al mismo tiempo Vasco de Gama doblaba el cabo de Buena Esperanza, descubierto doce años antes por Bartolomé Díaz. Las naciones europeas se repartieron desde entonces las glorias de los descubrimientos geográficos, y en estas empresas han adquirido imperecedero renombre, entre otros muchos, Magallanes, que cruzó en 1520 el estrecho á que dió su nombre; Jacques Cartier, que descubrió el Canadá, y Champlain, que fundó á Quebec; Walter Raleigh y Drake; Hudson, Baffin, Davis, Van-Diemen, Bering, Vancouver, cuyos nombres están unidos á las tierras y á los mares que descubrieron; Cabral, que fué el primero que desembarcó en el Brasil; Tasman, que dió la vuelta á la Australia y á la Nueva-Zelandia; Cook, cuyos descubrimientos en Oceanía se extendieron desde los hielos del polo Sur hasta más allá del estrecho de Bering; Dampierre, Roggeween, Bougainville, La Pérouse, Ross, Parry, Dumont d'Urville, Franklin, Nordenskjold, etc., etc.»

Pertenecemos al número de los que creen que existe una cierta mancomunidad de intereses entre las llamadas, con más ó menos propiedad, naciones neo-latinas, Italia, Francia, Portugal y España. Por esta y por otras muchas razones juzgamos con benevolencia el carácter del pueblo francés; pero, como dice la frase proverbial, pasión no quita conocimiento, si la pasión no se transforma en locura; y así como no desconocemos los defectos de nuestros compatriotas, tampoco desconocemos los de nuestros vecinos de allende los Pirineos; defecto entre los cuales se veían algunos bien á las claras en la exposición del *globo terrestre á la millonésima*, no de su volumen, ni de su superficie, sino de su diámetro; ó lo que es lo mismo, del radio de su círculo máximo, considerando á nuestro planeta como si fuese una esfera perfecta.

Todos los viajeros medianamente cultos que visitaban la

exposición de la esfera geográfica construída bajo la dirección de los Sres. Villard y Cotard, hallaban cierta dificultad en concebir que aumentando un millón de veces aquel pequeño volumen que á su vista aparecía, resultase un volumen tan grande como el que tiene el planeta en que vivimos. Y esta dificultad que se presentaba ante el pensamiento reflexivo, era, digámoslo así, como una intuición de la verdad científica; puesto que la superficie de la esfera que contemplaban era una *billonésima parte*, y su volumen una *trillonésima parte* respectivamente de la superficie y del volumen de la Tierra. Sabido es, como dice D. Eduardo Benot en su libro *Temas varios*, que hablar de billones y trillones no es otra cosa que poner nombres á indescifrables enigmas.

Al callar los Sres. Villard y Cotard que la millonésima de que se trataba no era la millonésima parte del volumen de la Tierra, sino que habían construído una esfera cuyo diámetro era la millonésima parte del de la Tierra, inducían á error; error que al fin y al cabo podía desvanecerse con un sencillo cálculo matemático (1); pero al pretender propagar entre los millares de viajeros que acudían á la Exposición de París el exacto resumen, la síntesis, si vale la palabra, de la historia de los descubrimientos geográficos, pasar en silencio el nombre de aquel ilustre príncipe D. Enrique de Portugal, que fué el glorioso antecesor, y en cierto modo el maestro de Cristóbal Colón; callar el nombre de Juan Sebastián de Elcano, *el primero que dió la vuelta al mundo*, según el verso de Adelardo Ayala; olvidarse de Gil Eannes, que al doblar el cabo Bojador, en 1434, hizo posibles los ulteriores descubrimientos de los marinos portugueses en África y en Asia; en suma, no decir clara y terminantemente, porque así lo exige la verdad histórica, que Portugal y España son las naciones que más han contribuído al exacto conocimiento de la superficie del planeta en que vivimos, constituye, ó una falta de ciencia, no muy lejana de la absoluta ignorancia, ó un propósito de extraviar la opinión pública, para enaltecer los méritos de los navegantes y descubridores de estos últimos tiempos, á costa de la gloria que alcanzar merecen sus insignes predecesores de los siglos XV y XVI.

Acaso se dirá que hemos dado demasiada importancia á las apreciaciones que se hacen en un folleto, que puede considerarse como un prospecto encomiástico del globo terrestre que se hallaba expuesto en la última Exposición de París; pero adviértase que este folleto llevaba en sus primeras hojas una lista de sabios y personajes políticos que aparecían como protectores de la empresa llevada á cabo por los Sres. Villard y Cotard—lista en que nuestra patria se hallaba representada por el ilustre orador D. Antonio Cánovas del Castillo—y que la narración histórica de que hemos tratado aparecía, por la ocasión en que se publicaba, como el resumen y última palabra de la ciencia en lo concerniente á los estudios geográficos.

Si por falta de saber, y no de buena voluntad, callaron los redactores del folleto *Le Globe terrestre au millonième* los altos merecimientos de los descubridores ibéricos de los siglos XV y XVI, alguna parte de culpa en este lamentable silencio nos alcanza á los hijos de la Península Ibérica, que, pregonando un día y otro día el nombre de los conquistadores que hicieron ondear las banderas de Portugal y España en Asia, África, América y Oceanía, han olvidado con frecuencia los méritos de los inteligentes marinos catalanes y mallorquines que conservaron en la Edad Media algunos vestigios de la sabiduría náutica de la antigüedad greco-romana; de aquellos marinos que estudiaban en las obras de Raimundo Lulio lo que en su época se podía saber acerca de la forma y extensión de la Tierra; de aquellos marinos que fueron llamados por el infante D. Enrique de Portugal para propagar sus conocimientos en la escuela de Sagres, escuela y enseñanza que produjo los descubrimientos de los portugueses en África y Asia, y que facilitó grandemente la empresa llevada á cabo por Cristóbal Colón y por sus compañeros y sucesores, hasta dar como su más feliz resultado el primer viaje de circunnavegación, que comenzó el portugués Fernando de Magallanes, saliendo de la barra de Sanlúcar el 27 de Septiembre de 1519, y terminó el español Juan Sebastián de Elcano, regresando al mismo puerto el 6 de Septiembre de 1522 (1).

Cuando el petulante enciclopedista M. Masson de Morvillier se permitió preguntar: «*¿Que doit-on à l'Espagne? ¿Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?*» no había necesidad de que el abate Denina, ni el presbítero Cabanilles, ni D. Juan Pablo Forner, hiciesen gala de su erudición recordando las glorias científicas y literarias de la nación española; porque hubiera sido suficiente señalar en una esfera geográfica los millones, ¿qué decimos? los billones de varas cuadradas de mares y de tierras descubiertos y explorados por los navegantes españoles. Dar á conocer experimentalmente la forma y la extensión superficial del globo terráqueo, tal ha sido la magna empresa que llevaron á cabo los hijos de la Península Ibérica en los primeros tiempos de la Edad Moderna, empleando en sus arriesgadísimas navegaciones barcos tan pequeños, que hoy son mayores que ellos los que se destinan al cabotaje, y cuando era imperfecto el uso y escaso el número de los instrumentos náuticos.

El épico cantor de las glorias ibéricas ha podido escribir con tanto entusiasmo como verdad histórica, relatando los descubrimientos y conquistas de sus compatriotas:

Na quarta parte nova os campos ara,
E se mais mundo houvera, la chegara.

Y sin embargo de todo lo dicho aquí, Portugal y España recuerdan los nombres de Alfonso de Albuquerque y de Hernán Cortés, de Pizarro y de D. Juan de Castro, guerreros

(1) He aquí este cálculo. Las superficies de dos esferas son entre sí como los cuadrados de sus radios.

$$\frac{\text{Superficie del globo de París}}{\text{Superficie del globo terráqueo}} = \frac{1^2}{1.000.000^2} = \frac{1}{1.000.000.000.000}$$

Los volúmenes de dos esferas son entre sí como los cubos de sus radios.

$$\frac{\text{Volumen del globo de París}}{\text{Volumen del globo terráqueo}} = \frac{1^3}{1.000.000^3} = \frac{1}{1.000.000\ 000\ 000.000.000}$$

(1) Uno de los compañeros de Magallanes y de Elcano decía «que nadie se atrevería á hacer otro viaje de circunnavegación.» Así sucedió durante cincuenta y seis años. Drake fué el segundo marino que dió la vuelta al mundo.

ilustres que realizaron ó extendieron sus conquistas ultramarinas; pero como dice muy bien el capitán de navío don Francisco Javier de Salas: «¿Quién en nuestro país que sea ajeno á la literatura ó á la profesión marítima conoce á un Díaz de Solís, Quirós, Elcano, Ferrer, Ojeda, Vizcaíno ó Sarmiento?» Y añade el Sr. Salas que, si se objetase que los conquistadores añadieron riquísimos florones á la Corona de Castilla, «responderíamos que el descubridor de Yucatán y de Janeiro, el explorador de la Polinesia y el primer nauta que circunvaló el mundo, conquistaron regiones enteras para el humano linaje, tesoros para el saber, y para la patria la gloria de que su estandarte fuese el primero conocido y saludado en toda la haz del globo.»

Sí, tiene razón el Sr. Salas; sólo los marinos estudiosos y los literatos, aun de éstos sólo los que consagran su atención á los conocimientos históricos, pueden estimar en toda su valía las altas empresas que llevaron á cabo los sabios y valerosos navegantes portugueses y españoles, cuyos nombres no han alcanzado aún la resonante celebridad con que se repiten los de los conquistadores ibéricos de África y Asia, de América y Oceanía. Más de una vez la poesía de los siglos de oro de nuestras letras ha cantado en poemas heroicos y ha presentado en obras dramáticas á Hernán Cortés, á Francisco Pizarro, al Marqués de Cañete y á otros insignes caudillos de la conquista de América; pero la musa castellana de aquella misma época ha enmudecido ante la gloria de Colón descubriendo las tierras del Nuevo Mundo, y ante la heróica intrepidez de Vasco Núñez de Balboa llegando al límite de estas tierras en las playas del mar del Sur, llamado hoy el Océano Pacífico (1).

La próxima conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América ha de servir seguramente para rectificar antiguos errores históricos y para reparar en lo posible las injusticias que se cometen por el predominio de las opiniones vulgares. Entre estas injusticias, acaso es la mayor el olvido en que yacen el nombre y los merecimientos de muchos descubridores de los mares y territorios de América y Oceanía, y así lo hemos visto confirmado en *El Globo terráqueo á la millónésima* de la última Exposición Universal de París.

Nos parece que lo hasta aquí dicho basta para indicar las razones que nos han impulsado á escribir un bosquejo histórico de la vida heroica y muerte infortunada del descubridor del Océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.

I.

Época y lugar del nacimiento de Vasco Núñez de Balboa.—Noticia de su linaje noble ó plebeyo.—Descubrimientos y conquistas de los españoles en los últimos años del siglo XV *y principios del* XVI.

Extremadura, la patria de los conquistadores de Méjico, del Perú y de la Florida, lo es también de Vasco Núñez de Balboa, que nació en Jerez de los Caballeros por los años de 1475. Dícese que su familia, aunque pobre, era de hidalga estirpe; pero como ha sido inveterada costumbre de los antiguos biógrafos declarar nobles de abolengo á todos los que por sus memorables hechos podían ser fundadores de nobleza hereditaria, repetimos el aserto de los que nos han precedido en la narración de la vida de Vasco Núñez, como dato de escasa importancia, cuya exactitud no merece la pena de ser investigada con exquisita diligencia. Noble ó plebeyo por su nacimiento, pero ciertamente sin bienes de fortuna con que sustentar su nobleza ó cubrir la falta de ella entre los esplendores de la opulencia, el futuro adelantado del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá comenzó á ganarse la vida, en los primeros años de su juventud, sirviendo de criado á D. Pedro Puertocarrero, señor de Moguer; y después, no aviniéndose su carácter á este género de humildes ocupaciones, pasó á las Indias, que fueron en los siglos XVI y XVII, según nos dice Cervantes, «refugio y amparo de los desesperados de España; iglesia de los alzados; salvoconducto de los homicidas; pala y cubierta de los jugadores; añagaza general de mujeres libres; engaño común de muchos, y remedio particular de pocos.»

Vasco Núñez contaba diez y siete años de edad cuando Cristóbal Colón pisó por vez primera el suelo americano. Escuchemos la voz del ilustre Guillermo H. Prescott, que en su *Historia de la conquista del Perú* escribió lo siguiente: «No es fácil comprender en la época actual el impulso que dió á Europa el descubrimiento de América. No fué la adquisición gradual de un territorio limítrofe de una provincia lo que se alcanzó; fué un Mundo Nuevo que abrió de repente sus puertas al europeo. Las razas de animales, los tesoros de minerales, las formas del mundo vegetal y los aspectos variados de la Naturaleza; el hombre, por fin, en las diferentes fases de la civilización, llenaron el ánimo de una multitud de ideas enteramente nuevas, que cambiaron el curso de la corriente habitual del pensamiento y lo estimularon á conjeturas indefinidas. El ansia de explorar los secretos maravillosos del nuevo hemisferio llegó á ser tan activa, que las ciudades principales de España casi llegaron á despoblarse á medida que los emigrados se reunían á la orilla del mar para ir á probar fortuna. Era un mundo de ilusiones novelescas el que se abría; porque cualquiera que fuese la suerte del aventurero, lo que contaba al volver tenía un color tan novelesco, que estimulaba más y más la ardiente imaginación de sus compatriotas, y daba pasto á los sentimientos quiméricos de un siglo de caballería andante. Era grande el interés con que se escuchaban cuentos de las amazonas, que parecían realizar las leyendas clásicas de la antigüedad, historias de los gigantes patagones y brillantes pinturas de un *El Dorado*, donde la arena se componía de piedras preciosas, y donde se sacaban de los ríos, con redes de pescar, piedras de oro del tamaño de huevos.»

Mala, muy mala es la traducción de la obra histórica de Prescott que nos ha servido de texto en la cita que acabamos de hacer; pero, así y todo, en las palabras del historiador de la conquista del Perú se presenta al vivo el cuadro de las ideas que agitaban la mente de los europeos, y singularmente la de los españoles, en los tiempos cercanos al descubrimiento del mundo de Colón. No es de extrañar que, aun

(1) En estos últimos años el teniente de navío D. Pedro de Novo y Cólson, en su drama, *Vasco Nuñez de Balboa*, ha rendido un tributo de admiración al descubridor del Océano Pacífico, obteniendo su obra merecidos aplausos del público y de la crítica literaria.

en vida del gran marino genovés, se sucediesen sin cesar las expediciones de audaces navegantes que pretendían conseguir gloria y fortuna en las desconocidas regiones á que les llevase su sabiduría náutica ó el azar de los desencadenados vientos.

«Alonso de Ojeda, dice D. Francisco Barado en su *Museo militar*, inaugura estos viajes: asociado con algunos ricos comerciantes de Sevilla, equipó cuatro buques, con los que se dió á la mar en Puerto de Santa María el 20 de Mayo de 1499, acompañado de los no menos célebres pilotos Juan de la Cosa (1) y Américo Vespucio. Esta flota, después de haber tocado en las Canarias, cruzó en dirección oblicua al Océano, siguiendo casi el mismo derrotero que el inmortal genovés en su tercer viaje, y descubriendo á los veinticuatro días de haber dejado aquellas islas, las costas de Surinán, situadas más hacia el Mediodía que la isla de la Trinidad, en que aquél abordó; costeó luego el golfo de Paria y arribó al de las Perlas, desde cuyo punto emprendió diferentes viajes á Cumaná y Maracapana, á las islas Caribes y á Curazao; navegando seguidamente á lo largo de la costa hasta el golfo de Venezuela y desembarcando las tripulaciones en Maracaibo, desde cuyo punto continuaron hasta el cabo de la Vela, y de allí á la Española..... Al mes siguiente de haberse dado Ojeda á la mar, Per Alonso Niño y Cristóbal Guerra organizaron en el puerto de Palos (Junio de 1499) una nueva expedición. Era aquel un piloto falto de recursos, y aunque se había concedido á su nombre la autorización Real, buscó el auxilio de los armadores sevillanos, quienes le impusieron como primera condición el que se pusiera al frente Cristóbal Guerra. Fletaron una carabela de 50 toneles (60 toneladas), tripulada por 33 hombres, y con esta única embarcación lanzáronse á través del Océano, siguiendo igual rumbo que Ojeda, si bien llegaron más allá de Paria, cuyo golfo costearon también, atravesando por las bocas del Drago, desembarcando en la isla Margarita, y siguiendo á lo largo de Cumaná y de la Guaira..... A este viaje siguió en el mismo año de 1499, seis meses después, el de Vicente Yáñez Pinzón, que saliendo de Palos con cuatro carabelas equipadas por su cuenta, tomó desde las islas de Cabo Verde la dirección Sudoeste, y fué el primer español que cruzó la línea equinoccial por los mares occidentales, descubriendo en el hemisferio del Sur el gran imperio del Brasil. Yáñez divisó esta tierra navegando al Este, y dirigiendo á ella su rumbo desembarcó en el cabo de San Agustín, y tomó posesión de aquellos dominios á nombre de Castilla en 28 de Enero de 1500. Allí hubo de luchar con los indígenas, y aunque fué bien acogido al llegar al caudaloso río Marañón, vióse obligado á levar anclas, por ser aquellos mares por extremo peligrosos para sus buques, continuando entonces su viaje de 600 leguas á lo largo de la costa, hasta el golfo de Paria, en cuyo trayecto descubrió las bocas del Orinoco. Desde el mentado golfo pasó esta expedición á la Española y de allí á las Bahamas. Un desatado temporal arrebató á la flota dos carabelas con toda su gente, y las dos restantes, que no sin graves averías arribaron á Santo Domingo, regresaron á España en Septiembre de 1500. En este año salió de Palos Diego de Lepe con dos buques; tocó en la isla del Fuego; navegando en dirección á Levante, dobló el cabo descubierto por Pinzón, y enderezando su rumbo hacia el Nordeste, llegó al río Marañón, desde donde pasó al golfo de Paria y de allí regresó á España. Igual reconocimiento efectuó Pedro Alvarez Cabral; pero el viaje de Lepe es importante por haber observado éste que el continente Sur se extendía hacia el Sudoeste, y porque tuvo ocasión de estudiar aquella costa con algún detenimiento, levantando un mapa de la misma y adelantando más que los anteriores en dirección al Sur. Otro fué el rumbo que tomó Rodrigo de Bastidas, que en 1.° de Octubre de 1500, acompañado del experto piloto Juan de la Cosa, se hizo á la mar y continuó los descubrimientos desde el punto á que llegara Ojeda hasta el puerto de Nombre de Dios. Bastidas descubrió las costas de Santa Marta, el gran río de la Magdalena, el puerto de Cartagena y el golfo de Darién del Norte, hasta el puerto ya citado. En este viaje figuró como marinero Vasco Núñez de Balboa.»

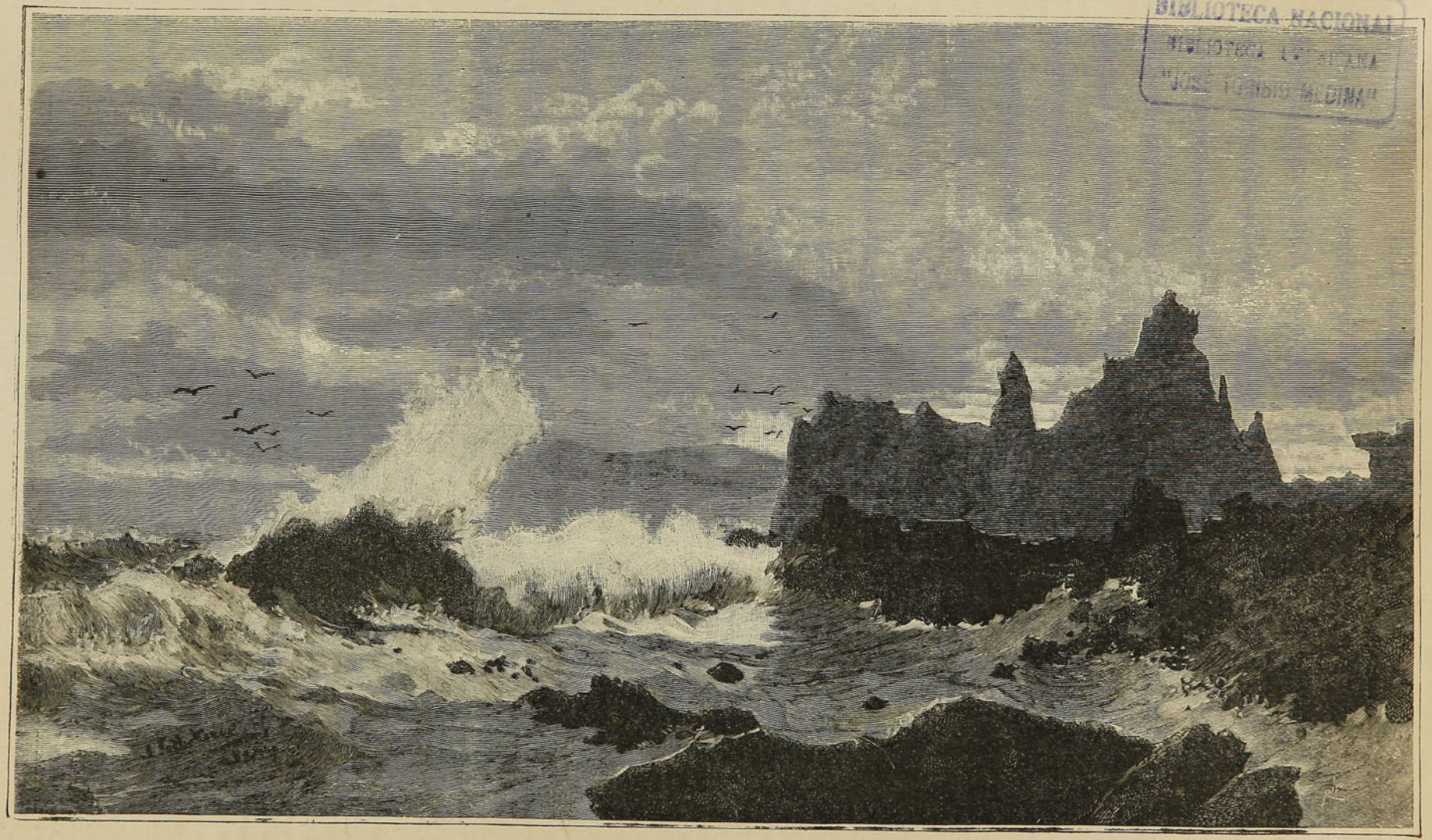
Hasta aquí lo escrito por el capitán D. Francisco Barado. Resulta, pues, que Vasco Núñez, á quien dejamos ocupado en el servicio doméstico del Señor de Moguer, ya en el año de 1500 había comenzado su vida de navegante y de soldado en que, andando el tiempo, había de alcanzar imperecedero renombre.

El gran poeta D. Manuel José Quintana, en sus *Vidas de los españoles célebres*, dice que la memoria de Rodrigo de Bastidas «debe ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre, considerando á aquel país más bien como objeto de especulaciones mercantiles con iguales, que como campo de gloria y de conquista. *Siempre le conocí*, decía el P. Casas, *ser para con los indios piadoso, y que de los que les hacían agravios blasfemaba.* No es menos ventajosa la opinión de Antonio de Herrera: *Y en todo aquel viaje no hizo Bastidas ningún enojo á los indios*, dice en el capítulo XI, libro IV, década primera. Estos principios de moderación le acarrearon la muerte. Estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir á su voluntad.»

Las empresas comerciales de Rodrigo de Bastidas en las costas de Cumaná y Cartagena comenzaron el año de 1501, y no sabemos cuánto fué el tiempo que permaneció en su compañía Vasco Núñez; pero no es lícito manchar la memoria del descubridor del mar del Sur con la sospecha de que pudiese tener ni la más pequeña responsabilidad en la desastrosa muerte de Bastidas, aun suponiendo que continuase á sus órdenes cuando se verificó tan horrible crimen.

Se ignora por completo si Vasco Núñez de Balboa poseía conocimientos militares y náuticos cuando comenzó su azarosa vida de soldado y navegante; pero su nacimiento en una población del interior de España y su escasez de bienes de fortuna nos inducen á presumir que toda su ciencia se reduciría á bien poca cosa, dado que alguna tuviese; pero esta falta se hallaba ampliamente compensada con la grandeza de su inteligencia y el temple de su ánimo, cualidades nativas que superan en mucho á las que pueden adquirirse en las aulas universitarias.

(1) El Sr. D. Enrique de Leguina, en su libro titulado: *Juan de la Cosa* (Madrid, 1877), da noticias muy curiosas acerca de la vida de este célebre piloto y de sus descubrimientos en el continente de América.



«MARINA»: ROCAS DE CORBIERE, EN JERSEY.

DIBUJO ORIGINAL DE D. JOSÉ GARTNER.

BIBLIOTECA NACIONAL

II.

Vasco Núñez de Balboa llega al Nuevo Mundo sirviendo como soldado ó marinero en la expedición de Rodrigo de Bastidas.—Su residencia en Salvatierra.—Toma parte en la expedición de Martín Fernández de Enciso.—Comienza á señalarse por el acierto de sus consejos.

Los Reyes Católicos, después del feliz resultado que tuvieron los primeros viajes de Cristóbal Colón, otorgaban con facilidad permisos para descubrir islas y tierra firme á los navegantes que por su cuenta y riesgo á tal empresa dedicasen su actividad y sus caudales. A nuestro juicio, dos eran los principales fines que se proponían los Reyes Católicos al conceder estas licencias: aumentar los dominios de la monarquía española, y disminuir en lo posible, sin faltar á la fe de su palabra legalmente empeñada, los excesivos privilegios de que se hallaba investido, según el tratado de Santa Fe, el primer almirante de las Indias.

En el tomo II de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, coordinada é ilustrada por D. Martín Fernández de Navarrete (1), se halla el *Asiento con Rodrigo de Bastidas, vecino de la ciudad de Sevilla, para descubrir por el mar Océano en dos navios el año de* 1500. Es este *Asiento* á modo de una escritura pública, en que los reyes D.ª Isabel de Castilla y D. Fernando de Aragón dicen, entre otras cosas, lo que á la letra copiamos:

«Nos, damos licencia á vos, el dicho Rodrigo de Bastidas, para que dos navios vuestros vais á vuestra costa é mision por el dicho mar Oceano á descubrir é descubrais islas é tierra firme á las partes de las Indias, ó á otra cualquier parte, con tal que no sea de las islas é tierra firme que fasta aqui son descubiertas por el Almirante D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante del dicho mar Oceano, é por Cristóbal Guerra, ni de las que son descubiertas ó se descubrieren é se descubran antes que vos por otras personas por mandato é con licencia nuestra, ni sean de las islas é tierra firme que pertenecen al Serenísimo Señor Rey de Portugal y príncipe nuestro muy amado hijo.»

Se ve, pues, en la parte del *Asiento* que de copiar acabamos, que los Reyes Católicos respetaban los derechos adquiridos por Cristóbal Colón y por Cristóbal Guerra ó por otras personas á quienes se concediese licencia para descubrir islas y tierra firme; pero no se decía nada acerca de los derechos que pudiesen adquirirse sobre territorios que se descubrieran. Sin embargo, en la terminación del permiso decían los Reyes de España:

«Facemos nuestro capitan de los dichos navios é gente que en ellos fuere á vos el dicho Rodrigo de Bastidas, é vos damos nuestro poder cumplido é jurisdicion civil y criminal con todas sus incidencias y dependencias, emergencias, anexidades é conexidades.»

Rodrigo de Bastidas, como ya escribió Quintana, se limitó á comerciar pacíficamente con los naturales de los países recientemente descubiertos, y aun á aumentar la extensión de estos descubrimientos; pero otros navegantes se creyeron autorizados para apoderarse á nombre de España de las tierras que descubrían y hasta de sus habitantes, y aquí se plantea el problema del derecho de conquista de que ya nos ocuparemos en tiempo oportuno y con la extensión que por su importancia requiere.

Volviendo á tratar del soldado ó marinero en la expedición de Rodrigo de Bastidas, se sabe que cuando el bachiller Martín Fernández Enciso salió de la isla Española para auxiliar á Alonso de Ojeda, que en 1510 había fundado en la tierra firme de América un pueblo que se llamó San Sebastián, se hallaba Vasco Núñez de Balboa avecindado en la villa de Salvatierra, donde poseía alguna propiedad rústica, pero no la suficiente para atender á sus necesidades, como lo prueba el hecho de que sus deudas eran muy numerosas. Por un edicto del Almirante estaba prohibido que los deudores abandonasen la isla sin pagar antes lo que debían; pero Vasco Núñez, para eludir el cumplimiento de esta ley, se embarcó, sin dar conocimiento al jefe del buque, según cuentan algunos historiadores, escondido dentro de un tonel, y según otros envuelto en el lienzo de una vela; y no salió de su escondite hasta que la embarcación se halló alejada de la costa, ó en alta mar, como dicen los marinos. Martín Fernández de Enciso se irritó mucho cuando vió que Vasco Núñez había burlado la orden del Gobernador de la Española, y le amenazó con dejarle abandonado en la primera isla que á su paso encontrase; pero los ruegos de varios de los que en su expedición le acompañaban consiguieron aplacar su justo enojo, y consintió en que Balboa, después de pedir le perdonasen su falta, continuara en la expedición hasta el término del viaje.

Cuando el bachiller Enciso navegaba con rumbo á San Sebastián, esta colonia había tenido la misma infeliz suerte que la que Cristóbal Colón intentó fundar años antes en las tierras de Veragua. Más de doscientos habitantes habían constituído la naciente villa de San Sebastián; pero bien pronto aquellos colonos se hallaron sin medios de subsistencia y molestados á toda hora por las agresiones de los indígenas, que ya comenzaban á comprender las desventajosas circunstancias en que se hallaban los españoles. Ojeda se vió obligado á separarse de sus compañeros para buscar recursos en la Española, y les dijo que si no regresaba en el plazo de cincuenta días, podían abandonar el pueblo y dirigirse á donde lo tuvieran por conveniente. Dejó encargado el mando de la colonia á Francisco Pizarro, que después había de adquirir tanta fama en la conquista del Perú. Pasaron los cincuenta días. Francisco Pizarro determinó abandonar la población de San Sebastián; embarcó su gente en dos buques, que por su pequeñez pudieran llamarse lanchas; uno de ellos se fué á pique, y con el otro consiguió llegar al puerto de Cartagena, donde se reunió con el buque de socorro que mandaba Enciso. Reunidos el resto de los pobladores de San Sebastián con las gentes de Enciso que habían salido de la Española, recayó en el bachiller Enciso el mando de la expedición. Regresaron todos á San Sebastián, y hallaron destruídas la fortaleza y las casas que Ojeda había hecho edificar, y para colmo de desventuras, los indios, ya convencidos de su superioridad, no les dejaban tranquilos ni de día ni de noche, menudeando sus ataques con singular arrojo. Desalentados los españoles, manifestaban ya claramente sus

(1) El título completo de la obra del Sr. Navarrete dice así: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV, *con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias.*—Madrid, 1825.

deseos de abandonar aquellas costas, cuando Vasco Núñez de Balboa consiguió hacerles desistir de tal propósito, diciéndoles que cuando años anteriores había recorrido con Rodrigo de Bastidas las inmediaciones del lugar en que se hallaban, recordaba haber visto un río caudaloso y una población asentada en su orilla, donde sería fácil hallar medios de subsistencia. Esperanzados con las palabras de Balboa, los españoles se embarcaron, y atravesando el golfo de Urabá, hallaron en efecto el río y la población que buscaban. Adquirió Balboa con este buen resultado de su consejo el aplauso y la estimación de sus compañeros de armas; tuvo á su devoción un *partido*, como hoy decimos, que comenzó á considerarle merecedor de sustituir á Martín Fernández de Enciso en la dirección de las futuras empresas que intentasen llevar á cabo.

III.

Combate con los indios y victoria de los españoles.—Fundación de la colonia de Santa María de la Antigua ó del Darién.—De cómo Vasco Núñez de Balboa llegó á alcanzar el mando superior de esta colonia.

No están conformes los historiadores al señalar las causas que produjeron la guerra entre los españoles y los habitantes del territorio en que habían desembarcado. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que los españoles, en número de unos ciento, combatieron contra unos quinientos indígenas, que acaudillaba el cacique Cemaco, y obtuvieron la victoria. Habían hecho voto de que si triunfaban darían á la ciudad de que se posesionarían el nombre de una imagen muy venerada en Sevilla; y cumpliendo este voto, llamaron al pueblo Santa María de la Antigua, pero frecuentemente se le ha denominado Santa María del Darién, aludiendo á su posición geográfica. El terreno en que se hallaba esta población no pertenecía al que se había concedido para sus descubrimientos á Alonso de Ojeda, y así, los partidarios de Balboa, aprovechando hábilmente tal circunstancia, se negaban á reconocer la autoridad del bachiller Martín Fernández de Enciso, que estaba delegada por quien en aquellos sitios carecía de propia jurisdicción.

Dos navíos con bastimentos y municiones, que bajo las órdenes de Diego Enríquez de Colmenares dirigían su rumbo en busca de Diego de Nicuesa, tocaron en las costas próximas al sitio donde se hallaba establecida la villa de Santa María de la Antigua; y como para poner en duda la autoridad de Enciso se había invocado la que allí podía ejercer el dicho Nicuesa, se resolvió enviarle á buscar, comisionando para este fin al ya citado Colmenares con el acompañamiento de Diego Albítez y Diego del Corral.

Nicuesa, que no había conseguido establecerse en los terrenos del Darién, después de padecer grandes contratiempos, se había refugiado en Nombre-de-Dios, y allí recibió el mensaje que le ofrecía el mando de una colonia ya formada. Aceptó con júbilo la oferta y se embarcó inmediatamente con rumbo á Santa María de la Antigua; pero durante su viaje, los partidarios de Enciso y los de Balboa se habían unido en contra suya, y al desembarcar fué conducido á una prisión y de allí salió para reembarcarle en un bergantín tripulado por doce hombres que voluntariamente se prestaron á participar de su próspera ó adversa fortuna. El día 1.º de Marzo de 1511 zarpó de la costa del Darién la navecilla á cuyo bordo iban Diego de Nicuesa y sus valerosos compañeros, y sin duda el mar la sepultó prontamente en su seno, porque jamás se ha vuelto á saber nada de aquella nave, ni de Nicuesa, ni de sus compañeros de infortunio.

Desembarazado Vasco Núñez de la legítima autoridad que realmente pertenecía á Diego de Nicuesa, le fué fácil acusar de usurpador á Enciso, y después procesarle, confiscarle sus bienes y encerrarle en una prisión, hasta que por razones de prudencia le puso en libertad y le permitió que regresase á España.

Dice Quintana en sus *Vidas de los españoles célebres* que á Vasco Núñez de Balboa «pudo considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra, á fuerza de intrigas y de audacia, desembarazarse de cuantos, con mejor título, podían disputarle el mando. Mas después que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservación y progreso de la colonia que se había puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambición con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinión pública casi á la par con Colón.»

Es cierto; en la empresa de colonizar la tierra firme de América había fracasado Cristobal Colón en Veragua; Alonso de Ojeda en la que llamó villa de San Sebastián, y Diego de Nicuesa en el territoro que le había concedido D. Fernando *el Católico;* territorio que se extendía desde el cabo de Gracias-á-Dios hasta la mitad de las costas del golfo de Urabá (1). Vasco Núñez de Balboa determinó, con su acertado consejo, el abandono del sitio donde se había edificado la villa de San Sebastián y la traslación de los españoles á la parte opuesta del golfo de Urabá, que fué donde se estableció la colonia de Santa María de la Antigua. Su encumbramiento hasta jefe militar y gobernador de la colonia puede decirse que reconocía por origen el acuerdo y la voluntad, tácita ó expresa, de sus compañeros de armas. Para conseguir este resultado, había procedido Vasco Núñez con más astucia y energía que rectitud de conciencia y respeto á las leyes; pero disculpa en parte su desapoderada ambición la confianza, más aún, la seguridad que tenía de aventurarse á grandes empeños y llevarlos á feliz remate cuando en sus manos se hallara el gobierno de la colonia. Y tan nobles propósitos no fueron defraudados por la realidad de los hechos.

No consienten los estrechos límites de este bosquejo biográfico que relatemos los pormenores de las empresas que

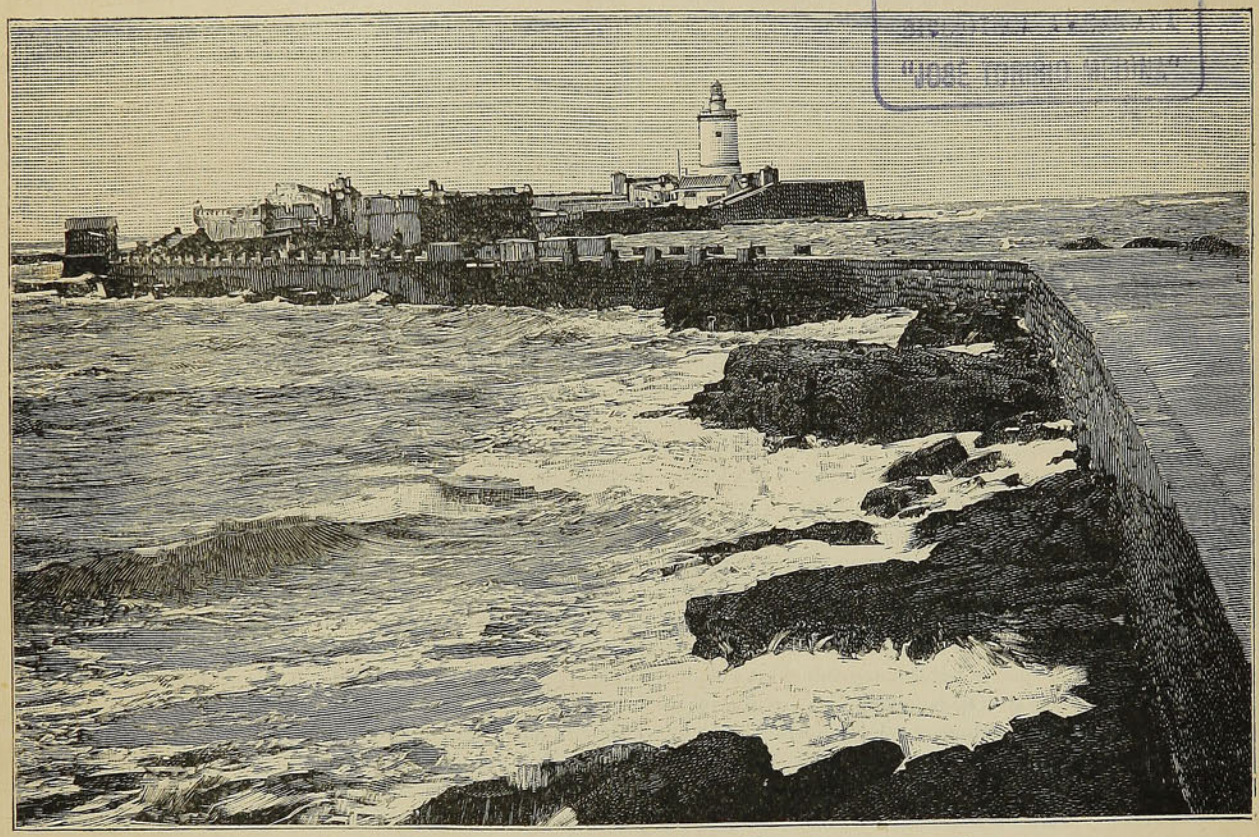
(1) En la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de America y Oceanía* se halla una carta dirigida al Rey D. Fernando el Católico, con fecha 2 de Enero de 1513, en que Balboa dice que Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa eran responsables del mal resultado que habían obtenido en las colonias que fundaron, porque carecían de la actividad y energía que para tales empresas se necesitaban. Esta carta de Vasco Núñez es por extremo curiosa é interesante.

llevó á cima Vasco Núñez desde el punto y hora en que Martín Fernández de Enciso partió con dirección á España, hasta que llegó á la colonia Pedro Arias Dávila, nombrado gobernador de ella, en 29 de Junio de 1514.

Describiendo el carácter moral de Vasco Núñez y al propio tiempo recordando sus empresas de caudillo y descubridor, dice un biógrafo anónimo: «Osado en sus proyectos, activo en ejecutarlos, con un ánimo que nunca se vió desmayar en los peligros y con una resistencia que las fatigas jamás pudieron abatir, era al mismo tiempo agasajador, franco y popular con todos; y sus soldados, que le veían vestirse y alimentarse como el más inferior de ellos, consolar á los unos, alentar á los otros y ser siempre el primero en las facciones y en los trabajos, le adoraban y le seguían animosos á donde quiera que los llevaba. Enciso volvió á España á proseguir en la corte sus quejas y su resentimiento, mientras Vasco Núñez se ocupaba en asegurar su colonia y en pacificar las naciones salvajes que le rodeaban. Aterró á las unas con la superioridad de sus fuerzas, y se ganó las otras con la amistad y los presentes. Recorrió la tierra comarcana, y toda ella tuvo que reconocer el dominio español. En una de sus correrías sus compañeros disputaban sobre el oro que pesaban en una balanza; un indio presente á la disputa, echando á rodar el oro y la balanza. *¿Por qué reñir,* les dijo, *por tan poco? Si tanta ansia tenéis de oro, que abandonáis por él á vuestra patria y atravesáis tantos mares, yo os diré dónde podéis ir á saciar vuestro deseo con ese metal despreciable á nuestros ojos;* y en seguida les dió noticia del mar del Sur y de las ricas naciones que habitaban sus costas, aconsejándoles que para aquella empresa era preciso que fuesen más en número que los que entonces eran.»

El mismo biógrafo que elogia á Núñez de Balboa del modo que habrán visto nuestros lectores en las frases que de copiar acabamos, no quiere pasar plaza de ciego panegirista de su héroe, y escribe lo siguiente: «Es preciso decirlo: más de una vez Balboa se dejó llevar de la violencia y la codicia, que ha deslucido la reputación de nuestros descubridores. Ya estos borrones, que obscurecen su gloria, han sido denunciados á la posteridad por los filósofos; pero nosotros observaremos, que saliendo aquellos españoles de un país donde en siete siglos no se había respirado más que guerras y combates, la mayor parte de ellos sin educación alguna, encontrándose en un mundo nuevo, mudo y terrible á sus ojos, donde la sed, el hambre, la guerra y la fatiga los desesperaban, no era tanto de extrañar que sus corazones terribles se desnudasen tal vez de todos los afectos sociales, y que su brío y energía degenerasen en ferocidad y violencia.»

BIBLIOTECA NACIONAL



CÁDIZ.—CASTILLO Y FARO DE SAN SEBASTIÁN.—(De fotografía.)

IV.

Los méritos de Vasco Núñez de Balboa como buen colonizador y victorioso caudillo.—Descubrimiento del mar del Sur.—Balboa toma posesión de este mar y de sus tierras comarcanas en nombre de los Reyes de Castilla.

Si los méritos de Vasco Núñez de Balboa quedasen reducidos á los títulos que puede presentar como primer colonizador en la tierra firme de América y como valeroso caudillo que venció una y muchas veces á los guerreros indios, hasta conseguir que por todos ellos fuese respetada la bandera de Castilla, ciertamente que su memoria ya sería muy gloriosa, pero no tanto como lo es la de quien añadió á aquellos méritos el descubrimiento de lo que se llamó primeramente mar del Sur y hoy se conoce con el nombre del gran Océano Pacífico.

Lo que ahora se llama América Central, como dice muy bien D. Manuel María de Peralta en su libro *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo* XVI, es á modo de un «puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo..... Su ístmica estructura, que se acentúa más y más á medida que se desciende hacia el Sudeste, termina en Panamá y el Darién, donde se estrecha, tanto que forma el conocido istmo de Panamá.»

Claro se ve en las palabras del Sr. Peralta que acabamos de trascribir, que la colonia del Darién se hallaba establecida en sitio muy conveniente para facilitar todo lo más posible el descubrimiento del Océano Pacífico. Relataremos brevemente cómo se realizó este descubrimiento.

El indio que había anunciado á los españoles la existencia de una nación poderosa donde podrían saciar su sed de riquezas y de un mar para ellos desconocido, que servía de límite al lado opuesto, digámoslo así, del territorio que ocupaban, era el hijo mayor del cacique Comogre, con quien Balboa mantenía buenas relaciones de amistad personal y alianza política. Leales eran los consejos de aquel indio, y Vasco Núñez no dudó de la veracidad de sus palabras; pero el hijo de Comogre le dijo que para llevar á cabo la empresa que le proponía necesitaba acaudillar mil hombres cuando menos, y eran poco más de ciento los que en aquella sazón á sus órdenes estaban. Resolvió Vasco Núñez regresar al Darién para comunicar á sus compañeros las buenas noticias que había adquirido y buscar los medios de emprender la expedición al lugar donde tanto abundaba el oro, según les había manifestado el hijo de Comogre.

De vuelta ya en Santa María de la Antigua, recibió Balboa el nombramiento de gobernador del Darién, firmado por el Tesorero de la isla de Santo Domingo, que se creía ó estaba autorizado para conferir tan alta dignidad; pero bien poco le duró la alegría que el logro de sus ambiciosos deseos pudiera proporcionarle. Su amigo Martín Zamudio, que había pasado á España para desvirtuar el efecto que en la corte produjesen las quejas de Enciso, le escribió diciéndole que se oía la voz de su acusador con preferencia á la suya, y que sería procesado como usurpador de la autoridad que sólo á Diego de Nicuesa por derecho correspondía. No abatieron el ánimo de Balboa tan malas nuevas, y tratando de evitar las desgracias que le amenazaban, se determinó á emprender con ciento noventa hombres la expedición que según el hijo de Comogre requería mil, por lo menos, para poder alcanzar en ella el resultado que se deseaba.

Salió Vasco Núñez de Santa María de la Antigua del Darién el jueves 1.° de Septiembre de 1513. Caminando por sitios enteramente desconocidos, ya vadeando impetuosos ríos, ya subiendo á la cumbre de altas montañas, ya descendiendo por rápidas pendientes á valles y cañadas; abriéndose paso á través de las selvas; combatiendo unas veces con los indios y otras negociando con sus caciques; siempre dudoso el necesario mantenimiento y siempre seguro el continuo peligro, Vasco Núñez de Balboa, guiado más por su buena estrella que por los informes de los indios, cuya sinceridad era harto sospechosa, logró divisar el mar del Sur desde la cumbre de una montaña el domingo 25 de Septiembre del antes citado año de 1513. Eran las diez de la mañana de este día cuando por vez primera fué visto por Vasco Núñez de Balboa y sus valerosos compañeros de armas el mar del Sur, como entonces se llamó, el Océano Pacífico, como hoy se nombra en los mapas de América; el gran Océano Pacífico, que mide la enorme extensión de ciento setenta y tres millones de kilómetros cuadrados, esto es, algo más de la tercera parte de la superficie del globo terráqueo, que, en número redondo, puede decirse que es quinientos diez millones de kilómetros cuadrados (1).

Vasco Núñez de Balboa, que fué el primero que subió á la montaña desde cuya cima pudo contemplar una parte de la inmensa extensión del mar del Sur, se postró de rodillas, y arrasados de lágrimas sus ojos, dió gracias á Dios que le había permitido alcanzar la gloria de descubrir aquel ignorado límite de las tierras del Nuevo Mundo. Llamó después por señas á sus compañeros, y cuando llegaron les mostró la grandeza del mar que á su vista se presentaba, y arrodillándose nuevamente volvió á dar gracias al Ser Supremo por el venturoso descubrimiento de aquel mar que facilitaría la posesión de la Tierra Firme en que ya se asentaba la colonia del Darién.

Cuatro días después, en la tarde del 29 de Septiembre, Vasco Núñez de Balboa, acompañado de veinticinco *caballeros, hidalgos y hombres de bien*, como dicen los documentos de aquella época, del clérigo Andrés de Vera y del escribano Andrés de Valderrabano, llegó á la orilla del mar del Sur. Esperaron allí á que subiese la marea, y cuando esto se verificó, Vasco Núñez, armado de punta en blanco y con la espada en su mano derecha y la bandera de Castilla en la izquierda, entróse por el mar adelante, hasta que el agua le subía por cima de sus rodillas, exclamando con enérgicas y grandes voces: «Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones; y si algún otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algún derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.» El escribano Andrés

(1) Según Wolfers la extensión superficial de la Tierra es 509.990.553 kilómetros cuadrados, y según Encke, 509.950.638 kilómetros cuadrados.

Despues de realizados los grandes descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI y los muchos menores que se han hecho en las tres últimas centurias, aun resta por explorar la vigésima parte de la superficie de la Tierra, es decir, unos veinticinco millones de kilómetros cuadrados.

de Valderrabano, en documento de carácter oficial, dice que Balboa «fechos sus autos é protestaciones convenientes obligándose á lo defender en el dicho nombre con la espada en la mano, así en la mar como en la tierra, contra todas é cualesquiera personas, pidiólo por testimonio. E todos los que allí se hallaron respondieron al capitan Vasco Nuñez que ellos eran, como él, servidores de los Reyes de Castilla é de Leon, y eran sus naturales vasallos, y estaban prestos é aparejados para defender lo mesmo que su capitan decia, é morir si conviniese sobre ello contra todos los reyes é príncipes é personas del mundo, é pidiéronlo por testimonio.»

Del modo que brevemente hemos referido se verificó el descubrimiento y toma de posesión, en nombre de los Reyes de España, del mar del Sur por Vasco Núnez de Balboa. Es rareza, merecedora de atención, que el descubrimiento del gran Océano Pacífico se haya conseguido, no por un sabio y audaz navegante, sino por un valeroso caudillo, que al frente de sus soldados marchó, arrostrando peligros sin cuento, en busca de aquel mar, como podían hacerlo para poner sitio á una plaza ó sorprender al ejército enemigo. También merece notarse que toma posesión del mar del Sur á nombre de los Reyes de España, no una escuadra, ó un poderoso navío, ó al menos una embarcación, por pequeña que fuese, sino un guerrero, cubierto con la pesada armadura del siglo XVI, y se formaliza este acto de posesión, no con el estruendo de las salvas de artillería, sino con la escritura que firma un escribano, como si se tratase de un contrato de compra-venta ó de una carta de dote. Siempre se halla en la Historia la mezcla de lo grande y sublime con lo que es ó parece pequeño y acaso ridículo; que así lo dispone la mísera condición de la naturaleza humana.

V.

Contestación á las censuras con que se pretende manchar la memoria de los conquistadores españoles de la tierra americana.—Regreso de Vasco Núñez á Santa María de la Antigua.—Su nombramiento de Adelantado del mar del Sur y Gobernador de las provincias de Coiba y de Panamá.

Se ha acusado con frecuencia á los conquistadores españoles, que llevaron á América la civilización europea, de codiciosos y de crueles. Ya hemos visto que nuestro Vasco Núñez no está libre de estas censuras. El gran poeta Quintana, para disculpar á los conquistadores de América, escribió aquellos conocidos versos:

Su atroz codicia, su inclemente saña,
Crimen fueron del tiempo, no de España.

La verdad es que Quintana parece suponer que la codicia y la crueldad de los conquistadores existió en los pasados tiempos, pero ya ha sido sustituída por la generosa liberalidad y la benigna tolerancia. Desgraciadamente esta suposición es de todo punto infundada. Los conquistadores del siglo XIX son tan codiciosos y tan crueles, con relación á la moral de su tiempo, como lo han sido, son y serán todos los conquistadores, mientras exista el derecho de conquista, mientras la fuerza sea, como es hoy, la única garantía de la existencia de las naciones.

M. Laurent, en sus *Estudios sobre la historia de la humanidad*, al tratar de los descubrimientos y conquistas de América y Asia en el siglo XVI, á pesar del optimismo que generalmente domina en sus juicios, se indigna mucho y pone el grito en el cielo, como vulgarmente se dice, para condenar la bula de Alejandro VI, en que se concedía á los Reyes de Portugal y de España el dominio de los pueblos infieles que sus navegantes descubrieran y sus conquistadores sojuzgasen, entre ciertos límites que en la dicha bula se marcaban. El célebre historiador llega á afirmar que el catolicismo nada ha hecho para asegurar la independencia de los pueblos, y arremete, con más brío que fortuna, contra los teólogos y publicistas católicos que defienden la bondad de las bulas pontificias en que se concedía á los reyes la soberanía temporal sobre las naciones infieles.

Es cierto; ya no se reconoce á ninguna potestad el derecho de conceder la posesión de los territorios en donde existan naciones, ú hordas salvajes, libres é independientes; pero esta posesión se la toman sin permiso de nadie, arrollando todos los fueros de la justicia, las llamadas potencias de primer orden y aun las de segundo ó último, si hallan para ello ocasión propicia (1).

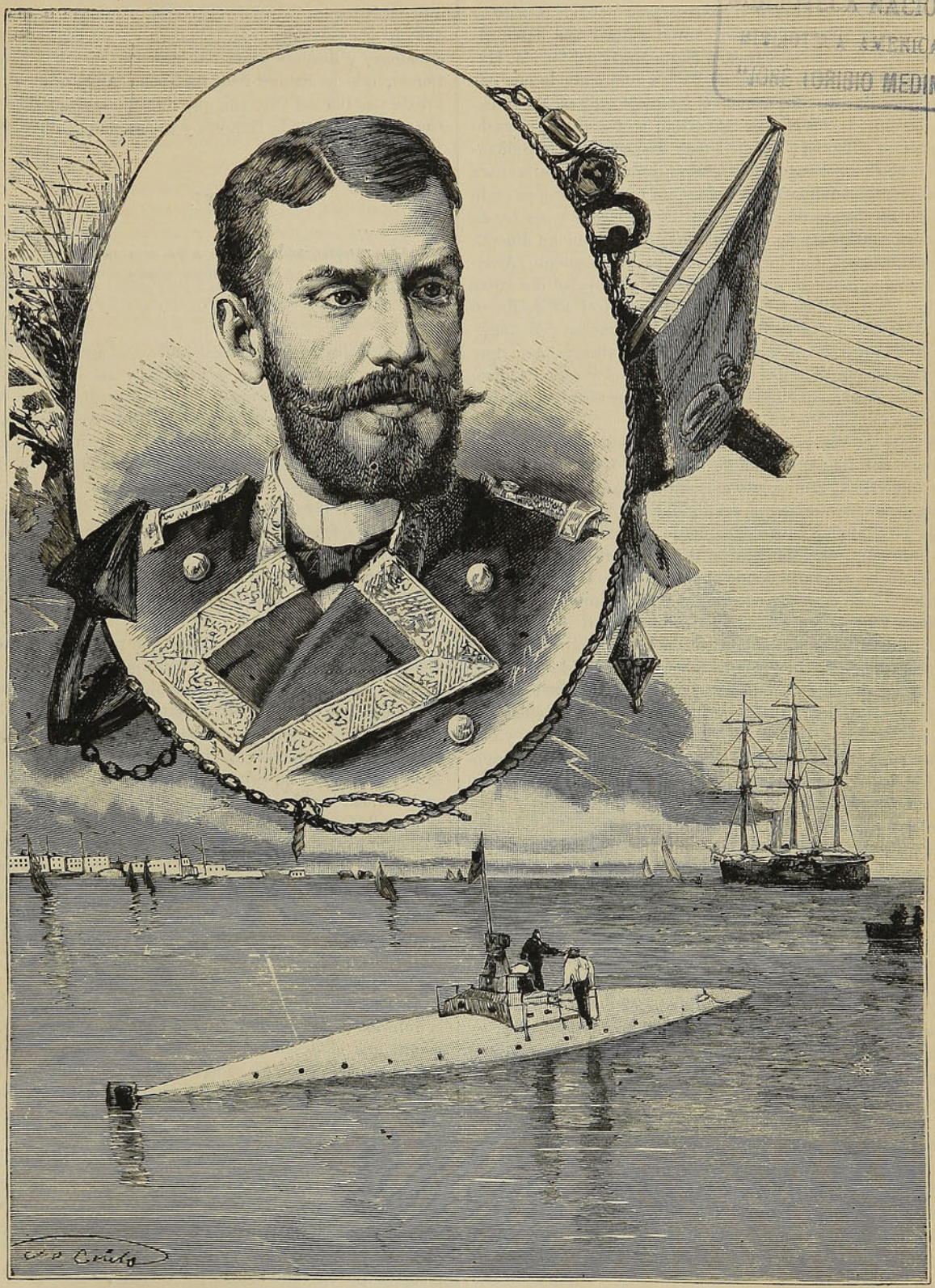
El derecho internacional, hoy, como en la más remota antigüedad, como en tiempo de las conquistas de Alejandro y de los romanos, como en la Edad Media, como en la época del Renacimiento, está reducido á consignar el hecho de que la voluntad de las naciones poderosas se impone como ley á las débiles ó temporalmente decaídas. Las razas fuertes conquistan, y frecuentemente exterminan á las razas débiles; y á la postre se cumple así la ley de la lucha por la vida, que ahora se pregona por los sabios positivistas como la más alta concepción de la ciencia novísima.

Anudando el roto hilo de nuestra narración biográfica, podemos afirmar con evidente justicia que Vasco Núñez de Balboa no fué ni más ambicioso ni más cruel que la mayor parte de los caudillos conquistadores, cuyos nombres ocupan señalado lugar en las páginas de la Historia. Si se le acusa de haber tenido alguna ó mucha participación en la infeliz muerte de Diego de Nicuesa, recuérdese, no la dureza de las costumbres en el siglo XVI, no; recuérdese que Napoleón, el gran Napoleón, dispuso, en pleno siglo XIX, el asesinato jurídico de un príncipe francés en el foso de una fortaleza, tan sólo por el temor de que aquel desdichado joven pudiera impedir que ciñese su frente con la imperial corona que su ambición anhelaba.

Y siguiendo el relato de las conquistas de Balboa, nos limitaremos á consignar aquí, que después del descubrimiento del mar del Sur, continuó su expedición recorriendo las tierras comarcanas y algunas islas, en que halló realmente no escasa cantidad de oro y perlas, que ora de grado ó por miedo le entregaban los caciques, diciéndole con frecuencia que aun había otros sitios más lejanos en que podría obtener mayor cantidad de aquel amarillo metal y de aquellas blanquecinas pedrezuelas. Sin duda se referían al grandioso im-

(1) En la hora presente, en los días que estas líneas escribimos, Inglaterra y Alemania se reparten el dominio de grandes regiones de Africa, sin respeto al derecho de los pueblos ó tribus que habitan aquellos territorios. Aun más, Inglaterra cede á Alemania la isla de Heligoland, sin contar para nada con la voluntad de sus 2.500 habitantes, que sin moverse de sus casas son trasladados de la tierra inglesa á la del imperio alemán.

BIBLIOTECA NACIONAL
HEMEROTECA NACIONAL
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"



EL TENIENTE DE NAVÍO D. ISAAC PERAL Y EL SUBMARINO DE SU INVENCIÓN.

perio del Perú, que años más tarde había de descubrir y conquistar el famoso Francisco Pizarro; pero Vasco Núñez no se halló con medios suficientes para continuar sus descubrimientos, y dispuso el regreso á Santa María del Darién. Había entrado el invierno cuando Balboa emprendió lo que llamaríamos su retirada, usando el lenguaje militar. Menudeaban las lluvias, los ríos se convertían en torrentes, el suelo pantanoso obligaba á caminar muy despacio. Los expedicionarios no siempre encontraban las provisiones necesarias para su alimento. Aunque Vasco Núñez era muy robusto, no pudo resistir las fatigas de aquel viaje, en que siendo poseedor de grandes cantidades de oro y perlas, que valían un dineral, carecía de los alimentos necesarios para su sustento. Acostado en una hamaca, que en sus hombros llevaban los guías indios, llegó Balboa á la colonia del Darién el 19 de Enero de 1514, donde fué recibido por sus habitantes con indescriptible entusiasmo; no superior, sin embargo, á lo que merecía la grandeza del descubrimiento del Océano Pacífico, y de las hazañas que había llevado á buen término durante su larga expedición.

A fines de Octubre de 1512 habían enviado á España los colonos del Darién á Juan de Caicedo y Rodrigo Enríquez de Colmenares, remitiendo el quinto del oro recaudado, que pertenecía á la Corona, y encargándoles que diesen noticia de lo sucedido en la Antigua desde su fundación y de las esperanzas que sus moradores abrigaban de llegar á aquellas ansiadas regiones donde el oro y la plata y las piedras preciosas eran cosas de uso vulgar y facilísima adquisición. Cuando Balboa regresó de su descubrimiento del mar del Sur, determinó enviar á la corte de España otro nuevo representante de la colonia, que llevase, además del oro y de las perlas que de derecho correspondían al Rey, un rico presente de las mejores y las más gruesas perlas elegidas entre las que los caciques indios le habían entregado; y designó para desempeñar esta comisión á su íntimo amigo Pedro de Arbolancha, que partió del Darién en el mes de Marzo de 1514. La llegada á España de Caicedo y Colmenares ya había contrarrestado un poco la influencia, para Balboa desastrosa, que las quejas del bachiller Martín Fernández de Enciso habían ejercido en el ánimo del rey D. Fernando el Católico. Los presentes que llevó Pedro de Arbolancha y las noticias que dió del descubrimiento del mar del Sur y de la existencia de un riquísimo imperio, afirmadas repetidamente por los indios sometidos al dominio español, cambiaron de tal modo los pensamientos del Rey, que tal vez hubiese confirmado el nombramiento de gobernador de la colonia que hizo en favor de Balboa el tesorero de la Española, Miguel de Pasamonte, si ya no hubiera designado para este cargo al caballero segoviano Pedro Arias Dávila, que se embarcó en el puerto de Sanlúcar, llevando á sus órdenes una respetable armada, el 11 de Abril de 1514, mucho antes, como se puede notar, de que llegase á la corte el enviado Arbolancha.

Sin embargo de todo lo referido, deseoso el rey D. Fernando de premiar al descubridor insigne y al valeroso y experto caudillo, nombró á Vasco Núñez de Balboa adelantado del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá.

Las noticias de Caicedo, Colmenares y Arbolancha acerca de las riquezas ya encontradas y las que habían de encontrarse en el Darién, en sus contornos y en el imperio de que hablaban los indios de Comogre, excitaron la imaginación de los españoles, que, primero en sus conversaciones amistosas y después hasta oficialmente, dieron á aquellas tierras, que se habían llamado Nueva Andalucía, el nombre de Castilla del Oro, con que durante muchos años fueron designadas en la Historia y en los mapas de América.

VI.

Llegada de Pedrarias Dávila á Santa María de la Antigua.—Juicio de residencia de Vasco Núñez.—Su casamiento con la hija mayor de Pedrarias.—Buques construídos en Acla y llevados por tierra á las costas del mar del Sur.—Navegación de Balboa en el gran Océano Pacífico.

Llegó Pedro Arias Dávila, á quien llamaremos Pedrarias, porque así, según parece, se firmaba y así le nombran los historiadores de su tiempo, llegó Pedrarias á Santa María de la Antigua el 29 de Junio de 1514. Acompañaban al nuevo Gobernador el franciscano Fr. Juan de Quevedo, nombrado obispo del Darién, el licenciado Gaspar de Espinosa, con el cargo de alcalde mayor, con el de tesorero Alonso de la Puente, con el de veedor el famoso cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y otros varios empleados, algunos sacerdotes y hasta dos mil hombres de armas, entre los cuales se hallaban muchos caballeros tan pobres de fortuna como deseosos de hacerla prontamente en las tierras del Nuevo Mundo.

Vasco Núñez de Balboa recibió con respeto y cortesía al nuevo Gobernador, pero no es aventurado suponer que bajo aquellas fórmulas de necesaria sumisión á lo dispuesto por el Gobierno de la metrópoli, palpitarían sentimientos de reprimido enojo contra el personaje cortesano que venía á privarle de la dirección de la colonia por su consejo fundada y á la sazón en estado de floreciente prosperidad, por su habilidad y esfuerzo penosamente conseguido. Si usurpador había sido Vasco Núñez del poder que legítimamente ejercía el bachiller Martín Fernández de Enciso, casi puede decirse que también fué víctima de la usurpación del fruto de sus afanes, cuando Pedrarias, sin ningún conocimiento en las cosas de Ultramar, vino á despojarle del mando de la colonia, por virtud de las órdenes legales, sí, pero no bien justificadas, del Rey D. Fernando el Católico.

Pedrarias, por su parte, recordando cómo el mísero criado de D. Pedro Puertocarrero había conseguido sobreponerse á la autoridad del bachiller Enciso, temería, y no sin fundamento, que el descubridor del mar del Sur, y el caudillo siempre vencedor de los caciques indios, probablemente llegaría á desconocer su autoridad suprema, cuando no á destruirla con hábiles manejos, que acaso terminasen en sangrientas colisiones.

Pedrarias temía, y probablemente envidiaba, á Vasco Núñez; y éste es seguro que no podría ver con buenos ojos la inmerecida fortuna del caballero segoviano, á quien, además de confiarle el gobierno del Darién, se le facilitaban recursos para continuar los descubrimientos y conquistas; recursos que en vano habían pedido una y otra vez los que fundaron la colonia y sus primeros gobernadores.

Por miedo ó por envidia, por ambas cosas probablemente,

resolvió Pedrarias hundir en el polvo la gloria y la fortuna de Vasco Núñez; pero tal empresa no carecía de muchas dificultades y grandes inconvenientes. Los historiadores retratan á Balboa diciendo que era de alta estatura, de cuerpo delgado pero robusto; que sus cabellos eran rubios, varonil y agraciado su rostro, y marcial su continente; asemejándose más en la totalidad de su aspecto al tipo de los hijos del Norte de Europa que al de la calurosa provincia de Extremadura en que había nacido y según se cree vivieron sus ascendientes. De esta descripción se deduce que Vasco Núñez era un gentil caballero, y ya se ha dicho, con verdad, que la hermosura es una carta de recomendación que la Naturaleza concede á sus elegidos. Si de las prendas físicas pasamos á las morales, nadie intentará ornar la cabeza de Núñez de Balboa con el nimbo de la santidad, pero sí con la corona de laurel del capitán experto, valeroso hasta el heroísmo para combatir cuando la ocasión así lo demandaba, y hábil para negociar como político cuando por este medio podía ahorrarse la sangre de sus soldados y aun la de sus enemigos. Fuera de los actos del servicio, como hoy se dice, Vasco Núñez dejaba de ser jefe para transformarse en amigo de sus soldados. Buscaba el fundamento de la obediencia en el cariño de sus compañeros de armas y su respeto en el que pudiese inspirarles la grandeza de sus hazañas, no en la letra, siempre muerta, de órdenes autoritarias. Bien puede llamarse padre de sus soldados, como decía Cervantes del Marqués de Santa Cruz, al caudillo de quien afirma Gonzalo Fernández de Oviedo, tratando de cómo cuidaba á sus compañeros de armas, que ningún capitán de Indias lo había hecho mejor, ni aun tan bien, como Vasco Núñez de Balboa.

Los colonos del Darién se hacían lenguas en alabanza de Balboa, comparando el fin desdichado de los pueblos que habían querido fundar Colón y Ojeda en la tierra firme del Nuevo Mundo, y la prosperidad de Santa María de la Antigua, que podía considerarse, y realmente fué, el comienzo de la dominación española en el continente americano.

Pedrarias seguramente comprendería todos los obstáculos con que tenía que luchar hasta conseguir vencer al descubridor del mar del Sur; y con efecto, así sucedió. El alcalde, Gaspar de Espinosa, recibió el encargo de formar el juicio de residencia de Vasco Núñez, y al terminarlo dió sentencia absolviendo al antiguo Gobernador de la colonia de todos los cargos criminales que se le hacían; pero condenándole á la satisfacción de los daños y perjuicios causados á los particulares, caso en que se hallaban los bienes embargados al primer gobernador Martín Fernández de Enciso.

Por este tiempo, ya muy entrado el año 1515, llegaron las cartas en que el Rey Católico nombraba, como ya dijimos, á Vasco Núñez de Balboa adelantado de las costas del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá. Intentó Pedrarias no dar cuenta de estas cartas, pero el obispo Quevedo combatió su propósito con razones tan poderosas, que se vió obligado á ceder, llamando á Vasco Núñez para notificarle las mercedes que el Rey le había concedido. Le exigió, sin embargo, la promesa de que no tomaría posesión del gobierno de Coiba y Panamá hasta que para ello se le diese especial licencia. Aceptó Vasco Núñez esta condición, porque sin duda no se halló con fuerza suficiente para proceder de otro modo.

La alta dignidad concedida á Balboa y los buenos oficios del obispo Quevedo, que se había hecho muy amigo suyo, inclinaron el ánimo de Pedrarias hacia una extraña resolución. Llamó al nuevo Adelantado del mar del Sur y le propuso que se casara con su hija mayor doña María Arias Dávila, que en aquel entonces residía en España. Como era natural, Vasco Núñez no negó su consentimiento á tan ventajosa proposición, y el matrimonio se verificó por poderes; pero, según creemos, doña María Arias, que después se casó en segundas nupcias, no llegó jamás á reunirse con su primer marido.

Se verificó el matrimonio de Balboa el año de 1516, y poco después de este acontecimiento el obispo Quevedo partió para España, pensando que ya nada podía temer su amigo de las malas pasiones del Gobernador de Castilla del Oro. Estas generosas esperanzas del Obispo del Darién parecía que se iban á realizar de todo en todo, porque Pedrarias comenzó á mostrarse muy complacido de haber casado á su hija con el descubridor del mar del Sur; y como en aquel tiempo se estaba fundando en el puerto de Cáreta una ciudad llamada Acla, recibió Vasco Núñez la orden de ir á dicha ciudad para apresurar su establecimiento y construir allí unos buques que, llevados por tierra, habían de botarse al agua en las costas del mar del Sur, para ver si se podía llegar prontamente al rico imperio de que los indios daban noticias.

Vasco Núñez cumplió las órdenes que se le dieron, con su acostumbrada energía y singular acierto. Se construyeron cuatro bergantines y se trasladaron en hombros por sendas unas veces y las más á campo travieso, venciendo dificultades sin número y sin cuento, hasta las costas del mar del Sur. Lució el sol de un glorioso día en que Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros de armas fueron los primeros europeos que rompieron con las proas de sus buques las aguas del gran Océano Pacífico.

Washington Irving, en su libro *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, escribe lo siguiente: «Hay puntos en la historia del descubrimiento del hemisferio occidental, que nos llenan de asombro y admiración. ¡Qué osadía la de los hombres que dieron cima á tales empresas! ¡Qué grandes dificultades vencidas á fuerza de valor y perseverancia! Conocemos pocas cosas que nos admiren más que la traslación al través de los montes del Darién de los primeros buques españoles lanzados á las aguas del mar Pacífico; y perdonamos de buen grado el orgullo de los antiguos escritores castellanos cuando exclamaban: *Nadie más que los españoles podían haber concebido y persistido en semejante empresa; ningún jefe que no fuese Vasco Núñez la hubiese llevado á cabo con tanta felicidad.*»

El Adelantado del mar del Sur había llegado á la cumbre de su fortuna. Después de haber navegado más de veinte leguas por el Pacífico, y de haber desembarcado en varias islas y en el puerto de Piñas, se disponía á aumentar su escuadra para emprender decididamente la navegación que había de conducirle al riquísimo imperio de los Incas de que de continuo le hablaban los indios, cuando recibió una orden de Pedrarias para que inmediatamente se presentase en la ciudad de Acla. Obedeció Balboa sin vacilar, y á su llegada á Acla fué encerrado en una prisión, y Gaspar de Espinosa recibió la orden de procesarle.

VII.

Rectificación de un error de fecha que se halla en las biografías de Vasco Núñez, escritas por Washington Irving y D. Manuel José Quintana.—Mueren degollados en la plaza de Acla el descubridor del mar del Sur y algunos amigos suyos.—Juicio de la Historia acerca del gobernador Pedrarias.

En el tomo XXXVII de la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* (Madrid, 1882), existe un documento histórico que rectifica un error de fecha que han cometido, al tratar de la muerte de Balboa, sus dos célebres biógrafos Washington Irving y D. Manuel José Quintana. Ambos escritores dicen que Vasco Núñez de Balboa fué degollado en la plaza de Acla el año de 1517. El documento á que nos referimos antes comienza en esta forma:

«Pedrarias Dávila, teniente general en estos reinos de Castilla del Oro por Sus Altezas, digo: que por cuanto al tiempo que por mandato é comision de Sus Altezas yo vine por su teniente general é gobernador de estos reinos, *puede haber cuatro años y medio*, poco más ó menos, por Sus Altezas me fué mandado que tomase residencia á Vasco Núñez de Balboa, capitan é justicia que en aquella sazon era por Sus Altezas, é á otros oficiales que hasta entonces habían tenido la administracion de la justicia desde que la ciudad de Santa María del Antigua se ganó y pobló hasta entonces: y así mismo hiciese justicia al bachiller Martín Fernández de Enciso, etc., etc.»

Este documento es una providencia en que se acusa á Vasco Núñez de la desdichada muerte de Nicuesa, de la destitución del gobernador Enciso, de ocultaciones de oro, de planes de desobediencia, y aun de desobediencia ya consumada, á las órdenes del teniente general de Castilla del Oro, y de otros delitos; y después se manda al alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, que proceda con toda severidad para que el delincuente y sus cómplices sean castigados con arreglo á lo preceptuado en las leyes, sin aguardar más aprobación que la que allí ampliamente se concede. Esto escribió Pedrarias, y autorizó su firma el escribano Antonio Cuadrado, en Acla, á 12 de Enero de 1519. Pruébase que esta fecha no está equivocada recordando las palabras *cuatro años y medio*, que antes subrayamos, porque precisamente este es el tiempo transcurrido desde el 29 de Junio de 1514, en que Pedrarias llegó al Darién, hasta el 12 de Enero de 1519 en que mandaba que se castigase rigurosamente al ilustre Balboa.

De lo dicho resulta con claridad demostrado que Vasco Núñez aun vivía dos años después de la fecha en que los historiadores han fijado el día de su muerte y la de sus amigos y compañeros en sus arriesgadas expediciones marítimas y terrestres, Hernán Muñoz, Andrés de Valderrabano, Luis Botello y Fernando de Argüello. La muerte, mejor dicho, el asesinato revestido de formas legales de Vasco Núñez de Balboa y de sus infortunados amigos desdoró para siempre la memoria de Pedrarias Dávila, si es que ya cabía desdoro para el gobernador inepto que no supo conservar la prosperidad de la colonia que á su mando se había confiado, y para el anciano cruel y avariento, que sólo atendió á sus personales medros, sin cuidarse para nada de la honra de su nombre ni de la gloria de patria.

¿Cuál fué la causa inmediata que produjo el procesamiento y muerte de Balboa? Washington Irving dice que Vasco Núñez había conservado siempre á su lado á una hija del cacique Cáreta, con la cual no se casó, pero sí la quiso muy de veras; y que uno de sus enemigos, que se llamaba Andrés Garabito, se aprovechó de esta circunstancia para indisponerle con su suegro Pedrarias, propalando que la pasión amorosa que dominaba á Balboa sería invencible obstáculo para que D.ª María Arias Dávila se reuniera y fuese feliz con su marido. Carácter novelesco tiene esta explicación, pero á veces la vida es una novela, y de las más interesantes. Sea de esto lo que quiera, todos los autores están conformes en que la muerte de Balboa fué muy sentida por los soldados y colonos que habían admirado sus grandes cualidades de sagaz gobernante, valeroso caudillo é insigne descubridor.

A fines del siglo XVI el Conde de Puñonrostro presentó una demanda para que el cronista Antonio de Herrera modificase el juicio condenatorio que había emitido acerca de su abuelo Pedrarias Dávila en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*. En el antes citado tomo XXXVII de la *Colección de documentos inéditos*, se halla la controversia entre el Conde y el cronista Herrera. Este último decía que: «El Conde no fué bien aconsejado en atentar á desacreditar la historia, é si se diese logar á su pretension, lo mismo querrán Zúñigas, Sandovales, Manriques, Guzmanes, Ayalas y Mendozas é otros muchos no inferiores al conde de Puñonrostro.»

Si algún crítico escrupuloso pusiera en duda la injusticia, la horrenda injusticia, que llevó á cabo Pedrarias al hacer morir en el cadalso á Vasco Núñez, lea la controversia acerca de este punto entre Antonio de Herrera y el Conde de Puñonrostro, y en ella encontrará razones para desvanecer todas sus dudas.

Sí; murió injustamente en el cadalso el descubridor del Océano Pacífico, el descubridor de la tercera parte de la superficie del globo terráqueo; murieron desdichadamente Ojeda, Nicuesa, Almagro, Pizarro, y tantos otros que ahora no recordamos; pero la obra realizada por los esforzados navegantes y victoriosos caudillos que descubrieron y conquistaron las islas y la tierra firme de América en nombre y por delegación de los reyes de España, vive y vivirá eternamente. No repetiremos aquí los inspirados versos del Duque de Frías:

> Mas ahora y siempre el argonauta osado
> Que del mar arrostrare los furores,
> Al arrojar el áncora pesada
> En las playas antípodas, distantes,
> Verá la cruz del Gólgota plantada,
> Y escuchará la lengua de Cervantes.

Tomemos en nuestras manos el muy conocido *Grand Dictionnaire Universel* de M. Pierre Larousse, y allí veremos que un escritor extranjero dice: «que si los descendien-

tes de Felipe II no ven ya, como en otra época, llegar á los puertos de su patria los galeones cargados con el oro americano, aun pueden afirmar altivamente que el sol no se pone nunca en las tierras donde existe el influjo moral y los recuerdos de España.» Esta es la obra imperecedera de Colón y de Balboa, de Vasco de Gama y Alfonso de Albuquerque, y de otros y otros heroicos descubridores é invictos capitanes, cuyos hechos ocupan las más gloriosas páginas de la historia de la Península Ibérica y de sus conquistas ultramarinas.

LUIS VIDART.

Madrid, 21 de Junio de 1890.

BIBLIOTECA NACIONAL
AMERICANA
MEDINA"

JUANA DE ARCO.

CUADRO DEL ARTISTA LORENÉS DERUET, DEL SIGLO XVII.

LA MODA

ELEGANTE